



Discurso leído por el Sr. Vice-
rector del Seminario,
Presbítero Don Jesús Carrillo.

ILLMO. SEÑOR OBISPO:

Señores:

La Providencia divina en favor de la Iglesia brilla de un modo espléndido en el pontificado de León XIII; y la figura de este Papa descuella gigantesca y sublime personificando á Pedro ante la Roma pagana, con el magestuoso vigor de sus encíclicas, y á sus más insignes predecesores con el conjunto admirable de prendas singularísimas, añadidas las cuales á su carácter sagrado, á su autoridad divina, y representación augusta, le hacen perfectamente adecuado á las necesidades de la época actual. Si León el grande surgió providencialmente en los tiempos de Atila, Gregorio XVI en las primeras insurrecciones de la Italia central y al frente de Luis Felipe; si para el arrogante Napoleón III y Victor Manuel

fué necesario un mártir y apareció Pío IX, sosteniendo con dignidad y heroísmo los derechos del papado; para el siglo XIX apareció León XIII; para el siglo que se gloria de haber redimido á la humanidad de la opresora coyunda de la ignorancia, con los progresos de las ciencias naturales, con el avance altanero del positivismo, enemigo de la revelación; viene un papa empuñando el cetro dominador en ciencias especulativas y prácticas, en la historia de la filosofía, y en todas las legítimas conquistas del pensamiento cristiano.

Para la época que pretende la reforma de las costumbres por medio del destructor sistema socialista y la moral independiente, sube á la cátedra de Sn. Pedro el maestro de la Etica cristiana, oponiendo el Evangelio á las leyes quiméricas de la sociología, el decálogo y la gracia de Jesucristo á las teorías frenológicas y fatalistas de la educación moderna. En fin, señores, para el siglo que orgullosamente se llama de las luces, estaba destinado el gran papa filósofo, el eminente teólogo, el sagaz político, el diestro diplomático, el escritor insigne,.....el Señor León XIII, simbolizado perfectamente en esta profética divisa: "Lumen in Coelo;" luz en el límpido cielo de la Iglesia: *Lumina magna* en la extensión infinita de las ciencias sagradas.

Circuenta años ha que el Señor León XII recibía la unción sagrada del episcopado, de manos del Cardenal Lambruschini, en la Iglesia de Sn. Lorenzo de Roma. Entonces, sólo Benevento, Spoleto y Perugia, celebraban el encumbramiento de Monseñor Pecci, con jubilosas aclamaciones; sólo los pueblos Belgas cantaban sus glorias; porque conocían por experiencia la grandeza del

sacerdote ungido con el oleo sacro; mas ahora, la Iglesia entera celebra el glorioso aniversario de aquella consagración; todas las naciones se aprestan reverentes á saludar á León XIII en su jubileo episcopal; porque ahora todas sienten su benéfica influencia, todos admiran su misión providencial en la historia contemporánea.

Nuestro Ilustrísimo Prelado, deseando que su diocesi de Colima entrase á compás en el concierto armónico de alabanzas que se eleva al cielo, bendiciendo á la excelsa Providencia por la preciosa vida que ha concedido al Señor León XIII, dispuso que en todas las parroquias se ofreciese el Santo Sacrificio, se entonasen á Dios el himno de las grandes solemnidades, y tuviera lugar esta fiesta científico-literaria y musical, para tributar al Supremo Jerarca de la Iglesia la protesta más pública y solemne de su adhesión y vasallaje, de respetuosa fidelidad á la santa Sede, bajo una forma simpática y bella; uniendo á las dulzuras de la religión y la literatura las divinas armonías del arte musical.

Yo, señores, me siento anonadado ante la magestad de León XIII, y palpo la inmensidad bajo todos los aspectos que ofrece su consideración; pero siendo las ideas filosóficas de una época las que norman la marcha de las demás ciencias, y aun de las instituciones religiosas, políticas y sociales, he coneretado mis pobres reflexiones á este único pensamiento: el Señor León XIII ha restaurado las ciencias y salvado del naufragio los principios de la sana filosofía, haciendo que las escuelas, universidades y colegios, normen su enseñanza con estricta sujeción á las doctrinas de Santo Tomás de Aquino.

“En efecto, fijando la vista, dice el Santo Padre, en la triste condición del siglo, y abarcando con el pensamiento la índole de los sucesos públicos y privados, échase claramente de ver que toda la causa de los males que actualmente nos afligen y de los que nos amenazan, es el haber recorrido todas las esferas de la vida social, las dañadas sentencias que ya hace mucho tiempo salen de las escuelas filosóficas, acerca de las cosas divinas y de las humanas. Porque como sea natural en el hombre seguir en sus acciones el juicio de la razón, en pervirtiéndose esta potencia, luego peca también la voluntad; y así acaece que la malicia de las opiniones, cuyo sujeto propio es el entendimiento, influye en los actos humanos, y asimismo los pervierte.”

No podía ser más penetrante la mirada de León XIII, al señalar la raíz de los errores modernos, que consiste precisamente en el señorío de la razón y en la divinización de la materia; y al proponer al mismo tiempo el remedio para destruirla y aniquilarla. ¿De qué manera? enseñando en las escuelas el arte de bien discurrir: la dialéctica; y señalando al entendimiento la esfera de su acción y las leyes á que debe sujetarse en la enunciación del pensamiento; adiestrando á los jóvenes á hacer recto uso de los criterios de verdad, de las leyes de la crítica; para evitar el gran tropieso de los modernos, que de la experimentación sensible se lanzan á las regiones teológicas, para negar rotundamente lo que no les puede demostrar el orden fenomenal, diciendo con altanero énfasis: *lo que no prueba la geología, la química, la zoología, la observación biológica y las matemáticas debe absolutamente negarse: sólo las ciencias exactas demuestran sus conclusiones.*

Contra esto, señores, está la doctrina de Santo Tomás, señalada por León XIII, que divide con precisión las facultades del hombre en intelectuales y sensibles; señalando á las primeras el orden especulativo de la verdad y el práctico de la virtud y á las segundas el campo de la experimentación material; pero unificándose admirablemente en el principio vital, que en el hombre es uno, espiritual y simple: el alma racional. Así han quedado perfectamente deslindados también los confines de cada ciencia y su objeto propio, para que no se invadan mutuamente, negándose y destruyéndose; sino antes bien, se ayuden, para que el mundo de las inteligencias humanas glorifique á Dios y cumpla sus destinos inmortales.

Otro de los errores del filosofismo consiste en confundir lo contingente y mudable con lo necesario y eterno, la causa con el efecto, lo posible con lo real, lo sustancial con lo accidental. De ahí nace la negación de un Dios personal y la divinización de la materia inerte, la creación espontánea, la ley del transformismo y la infinidad de gratuitas hipótesis sobre el origen del mundo y del hombre, los sofismas geológicos contra las narraciones bíblicas; y todo esto lo hace la falsa ciencia, elevando al rango de verdades indemostrables lo que apenas merece el ínfimo lugar entre las hipótesis, y sólo por la manía ridícula de singularizarse y atacar la religión.

Para evitar esta confusión, necesario es restablecer el reinado de la Metafísica en las ciencias especulativas, según se indica por el Sr. León XIII al recomendar las enseñanzas del Angel de Aquino, para enseñar á los sabios que existe un orden suprasensible, el que sin tocar al

dogma, abarca las nociones universales y como la entrada general á todas las ciencias. La Metafísica que fija bien la idea de la esencia, de la existencia, de la unidad y distinción, de lo legítimamente verdadero, bueno y hermoso, de la subordinación misteriosa y sublime de las causas segundas con la primera, de los primeros principios del mundo corpóreo. La Metafísica que explica las genuinas ideas del tiempo y del espacio, la naturaleza íntima del principio vital en los reinos vegetal y animal, para fundar sobre bases sólidas el estudio de las ciencias naturales, y entender hasta dónde alcanza la fuerza del telescopio, el exámen analítico de la química y la potencia del magnetismo; para no contradecir á la razón, ni combatir á Jesucristo ni á su Iglesia; para hacer que la razón respete á la fe, la ciencia á la revelación, y aun venga á ponerse á su servicio; cumpliéndose lo que dice León XIII: que las especulaciones de la razón pagana han venido á robustecer las enseñanzas del cristianismo. Oíd sus palabras: "*Ciertas verdades entre las propuestas como objeto de fe por el mismo Dios, y ciertas otras estrechamente unidas con las doctrinas de la fe, fueron conocidas por los mismos sabios gentiles, mediante la sola luz de la razón, y demostradas y defendidas por ellos con argumentos convincentes.*" Así, señores, es como se realiza lo que dice el Apóstol: "Las perfecciones invisibles de Dios, y aun su eterno poder y su divinidad se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus creaturas". Luego las ciencias físicas conducen á Dios. Luego no existe la pretendida enemistad entre la ciencia y la fe.

¿Qué, dice el Papa, si la razón natural tiró á la tierra

esta semilla de la doctrina ópima antes de ser fecundada por la virtud de Cristo, no será mucho más rica y fecunda después de haber sido restaurada y engrandecida por la gracia del Salvador?

Hé aquí, señores, á León XIII alumbrando con su palabra el caos de la ignorancia, y señalando al sol de Aquino, como la fuente perenne de claridad y resplandor en las ciencias

Pero al trastorno de las ideas metafísicas, natural fué que siguiera la falsa filosofía un rumbo extraviado acerca de Dios, de la ley natural, de la libertad humana; viniendo á sumergirse por completo en el fango de la moral parda ó independiente; ensalzando á Kant, Rousseau, Voltaire y Talleyrand, y despreciando las sencillas enseñanzas, por engolfarse en sistemas hipotéticos. ¡Ah, sí, siempre la hipótesis, señores, sustituyendo los axiomas! ¡las protuberancias cerebrales y los temperamentos á la ley natural y á la gracia de Ntro. Sr. Jesucristo! ¡siempre las turbulencias del error y de la duda, sustituyendo á los plácidos encantos de la verdad sencillamente creída y aceptada con humildad! Aquí es donde aparece León XIII combatiendo con el monstruo, el gigante del Vaticano con una turba de pigmeos, señalando siempre al Sol de las escuelas como el maestro de las ciencias morales. Porque ahora se hace más necesario que el mundo comprenda la verdadera noción de la libertad, que es la facultad que el alma tiene de moverse á sí propia hacia lo bueno y lo perfecto y no precisamente hacia el cieno y la disolución, como pretende el libertinaje de nuestros días; en sujetarse el pensamiento á lo que deba sujetarse, movido por

una voluntad recta, sin creerlo por esto humillado ni envilecido; en poner las pasiones bajo el imperio de la razón; la cual como reguladora de las costumbres en el santuario del alma, se llama ley natural y es cierta participación en nosotros de la ley eterna ó de la razón de Dios. Esto, señores, es más sencillo, más claro y llano, que la confusa multiplicación de órganos para cada una de las virtudes; que las espontaneidades, las simpatías y antipatías, y todo el inmenso laberinto de sistemas y escuelas, para poner al hombre al nivel del bruto y envilecer la especie humana. Mejor y más sencilla es la síntesis de la ley divina: "amarás á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á tí mismo." He aquí, señores, la doctrina de León XIII, hé aquí las enseñanzas de Sto. Tomás de Aquino.

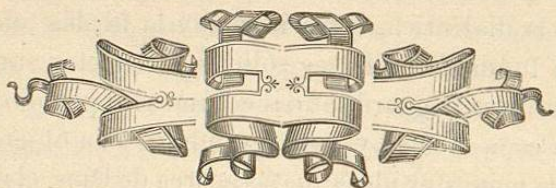
En una palabra, señores, la razón necesita una regla, y ésta es la dialéctica, los criterios y la fe; las ciencias necesitan fundarse en bases sólidas y respetar sus límites: esto se alcanza guardando incólumes los primeros principios de cada ciencia y consagrándolos á su objeto propio; hanse menester ideas justas acerca de Dios, el mundo y el hombre, pues Dios, el hombre y el mundo son el sublime objetivo de la filosofía. La moral pide al Evangelio como guía; y para todo esto el Sr. León XIII presenta como maestro de las universidades y de los colegios á Sto. Tomás.

¡Bendito seas, Pontífice supremo, sublime representación del mártir del Calvario, yo te saludo en nombre de la religión, te presto vasallaje en nombre de la ciencia, te protesto adhesión y respeto en nombre de la sociedad, te consagro mis cantos en nombre de la poesía,

las palpaciones de mi corazón como el himno dulcísimo de mis creyentes convicciones, te rindo el homenaje de mi fe, interpretando las sentimientos religiosos de la juventud estudiosa de este Plantel.

ILLMO. SEÑOR OBISPO,

DIJE.



Ensayo poético
 DEL ALUMNO D. RAFAEL M. RUBIO,
 MIEMBRO DE LA ACADEMIA LITERARIA DE SAN
León Magno,
En el Seminario Conciliar,
leído la noche del 22 de Febrero de 1893, al celebrarse,
 En el citado Colegio,
 EL JUBILEO EPISCOPAL DE SU SANTIDAD EL SEÑOR
Leon XIII.

I

¡Arda la mirra en cincelado vaso
 En honra á Dios! Que rueden ante el ara
 Las matizadas rosas, que simulan
 El himno augusto, la oración del alma!
 Imite la onda en la extensión marina
 El canto del amor, y la esperanza,

Y arroje sus moléculas de oro
Al desgarrar el seno de esmeralda!
Ruede en la flor la perla del rocío
Como llanto purísimo del alba;
Traspórtese en las ráfagas del viento
El eco de la música sagrada!

II

¡Sacra Musa de Sión! Dame tu acento,
Y del áureo psalterio la armonía;
Que al arrojar mis cánticos al viento,
Al son quiero entonar del arpa mía.

Quiero poner mi búcaro de flores
Del pensil de mi alma arrebatadas,
Ante ese régio altar, do los cantores
Han dejado sus cántigas regadas.

No tengo yo sonante melodía
Que haga vibrar las cuerdas de mi lira;
¡Si el labio expresa lo que al alma guía,
Que el metro diga lo que al alma inspira!

¡Estro santo de Sión, de Sión sagrada,
En cuyo seno la virtud se asume,
Como marchita flor que olvidada
Guarda en su cáliz célico perfume!

Enséñame á cantar! Mística llama
Baje á mi sér, de inspiración valiente,

Y que diga al cantar lo que me inflama,
Y que aletée sobre mi mústia frente!

¡Salve, León trece! ¡Salve! Yo no anhelo
En mis estrofas ensalzar tu nombre;
Al que oculta su gloria allá en el cielo
Sólo canta la historia, ¡nunca el hombre!

*“Tu génio, no es el bclido infecundo
Que en vano estalla en el celaje incierto;
Es la columna que dirige al mundo
Camino del Edén por el desierto.”*

Paladín esforzado, en tu alba frente
He visto yo ese resplandor augusto,
Ese rayo de luz indeficiente
Que es la diadema múltiple del justo.

Pobres son mis palabras! Yo quisiera
Que al pronunciar tu nombre, resonara
En el espacio azul de nuestra esfera,
Y un himno el universo levantara.

Yo quisiera tener la voz que el viento
Arranca en el desierto al sicomoro,
Para poder al elevar mi acento,
Cantar cual debo en vuestras bodas de oro.

Mas nada tengo yo! Mi pobre canto
No tiene, no, las melodiosas notas,
Que expresen lo que siento; ni el encanto

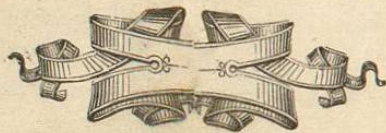
De las solemnes armonías ignotas!

¡Que despierte la flor al beso ardiente
Que le envía desde oriente la alborada!
¡Que entone su cantar el mar rujiente
Al romper su cristal la onda argentada!

III.

¡Rueden los astros de oro en el vacío!
¡Abran las flores sus corolas pálidas!
¡Arroje el alma su cantar dulcísimo
Y llegue del Creador al ara santa!
¡Que imite la onda en la extensión marina
El canto del amor y la esperanza,
Y arroje sus moléculas de oro
Al desgarrar su seno de esmeralda!
¡Despierte el sol en el oriente umbroso
Y renazca sonriendo la alborada!
¡Y que canten tu nombre en este día!
¡Y que en tu sacro altar rueden mis cántigas!





00/4